

lo onírico llegan a confundirse. Es el caso de Góngora, de Jáuregui, de Juana Inés de la Cruz, como antes lo fuera el místico Juan de Yepes -por citar algunos casos extremos-; es el de los mánticos y modernistas, e incluso, con algunas matizaciones y tecnicismos que no han aquí cabida, el de los novísimos llamados venecianos, el de los neobarrocos.

Albergo la convicción de que, al menos desde el siglo XV -en cuanto a la poesía española se refiere!, el arte se libera, poco a poco, de la naturaleza o, cuando menos, de su servil imitación: Los poetas cortesanos de la época comienzan tímidamente a enmascarar la realidad y se apartan, estilizándola, de aquella, desmarcándose de la recta razón, de la encorsetada epistemología que propusiera el peripatético; ahora, de los precursores y los creadores del tópico locus amoenus, la re-descubren, a su imagen y semejanza, bajo la perrección del entorno y el poderoso influjo de la cultura, cada vez más generalizada. En efecto, el locus amoenus garcilasiano, la estilización amorosa de los poetas petrarquistas o el erotismo ambiguo y sublimado de los místicos, no son sino reflejo de una realidad otra, incapaz de materializarse sin el concurso previo de la subjetividad. En este sentido, el poeta actuaría como un medium, un peldaño entre el ámbito de lo real y lo supracorpóreo, entre el mundo de los conceptos que pueden nombrarse y la percepción de cuanto, por inefable, requiere la construcción de un metalenguaje que, basado en la lengua convencional sin embargo (no podría ser de otro modo), posibilite, como dijo Bousño, la comunicación de la unicidad de los hechos psíquicos, piedra angular de la expresión poética.

El problema radicaría en determinar cuáles sean estos hechos; es decir: ¿qué motiva al poeta, incitándole a remontar el vuelo y la palabra?

Tras el largo periodo de estiaje que supuso el neoclasicismo dieciochesco, nunca bien entendido por la crítica, fue el más grande de nuestros románticos quien, acaso sin proponérselo, elaboró una lista, cumplida relación de las rationes seminales de la lírica, anteriores al propio poeta y destinadas a sobrevivirle:

-El ensueño, el asombro, identificados con el palpito de las ondas de la luz ante el beso.

-La dinámica interna, la vitalidad de la propia naturaleza -tamizada no obstante, por la visión peculiar del poeta-, capaz de engendrar arte, como el sol cuando viste las nubes de oro y fuego.

-La vida misma, en tanto que fenómeno totalizador, representada por el perfume del aire, la armonía, la primavera, tópicos literarios que designan lo que nace y renace.

-Las grandes incógnitas del hombre, es decir, el misterio que el poeta materializa en las limitaciones de la ciencia, los abismos que se resisten al conocimiento.

-Las emociones: alegría, tristeza, incertidumbre, esperanza, recuerdo...

-El amor: los ojos que se ven en otros ojos y que, a su vez, los miran; el labio que responde a un suspiro con otro suspiro, la fusión de dos almas en un beso...